

Notas Caluchanas



AN PASADO quizá cerca de diez años desde que un distinguido oficial de la Armada dejó la Institución por una afección cardíaca que lo imposibilitó para continuar en el servicio. Se fue a enfrentar la vida civil con alrededor de 40 años de edad y comenzó por buscar empleo. Había sido torpedista, de modo que por su especialidad le era difícil encontrar algún cargo que se acomodara a sus conocimientos profesionales, que por lo demás eran óptimos. Donde golpeó las puertas se le decía que estaba pasado en la edad, pues se necesitaba gente más joven para el cargo que se ofrecía. Se desempeñó al fin como dibujante en una oficina de ingenieros, con una paga modestísima, y poco tiempo después comprendió que se le estaba arruinando la vista; pero debía seguir en el trabajo porque su escasa pensión no le permitía abandonarlo.

Un día se tropezó en "El Caleuche" con un viejo amigo de toda la vida, compañero de curso en la Escuela Naval y que se había retirado voluntariamente del servicio siendo muy joven, para trabajar en una próspera empresa presidida por un pariente cercano.

Luego de los recuerdos de rigor, de la Escuela Naval y los tiempos de permanencia a bordo, el amigo de marras le propuso irse a trabajar con él, pero sin consultar con su pariente. Cuando lo llevó a su presencia, el jefe máximo, con toda cortesía le preguntó por su edad. Al conocerla, bordeando los 50 años, no cambiaron las buenas maneras, pero sí el

ceño del jefe, quien con toda amabilidad, le manifestó la misma monserga de que la persona que se necesitaba debería ser de muchos menos años. Se volvió a repetir el problema de los años, que, si en algunos casos es un impedimento serio, en la mayoría no lo es, especialmente si el empleo ofrecido es de carácter sedentario y precisa casi exclusivamente de capacidad intelectual.

El amigo, defraudado por la actitud de su pariente, no cesó y buscó con tesón donde colocar a su compañero y por fin halló un puesto que requería de mucha experiencia, especialmente diligencia y dotes de mando.

El mismo fue en persona a proponer a su amigo y compañero, aduciendo que era el hombre indicado para el puesto: una gerencia importante. Se le contestó, conocida la edad del postulante, el grado de su retiro, comisiones desempeñadas y otras cosas, que del postulante no se dudaba en ningún instante de su experiencia y capacidad, pero que este se había retirado con un grado sin la suficiente representatividad para el puesto. Siempre la cuestión de la edad. En efecto, el interesado tenía ya mucha edad para el grado con el cual se retiró y ese grado, no obstante su capacidad indudable, era de poco peso para su edad actual.

Palos porque bogas y palos porque no bogas. La idoneidad de la persona quedó siempre supeditada a su edad, que fue considerada muy alta, cuando en la realidad a los 50 años un hombre está, en la mayoría de los casos, en plena facultad de raciocinio y pudiendo rendir excelentemente en cargos que le son afines.

Conocidas las gestiones de su gran amigo, el oficial a que nos referimos las agradeció debidamente comentándole que ya desde hacía años estaba habituado a esta contingencia. La situación financiera no tenía otra alternativa de mejorar que un beneficio de las pensiones, ya bastante mermadas por los tributos legales. Que ya no esperaba sino vivir de los imborrables recuerdos que conservaba de su permanencia en el servicio y que no se preocupara más de él por cuanto se sentía feliz de haber pasado por las aulas de la Escuela Naval. “Si fuera posible — decía— volvería a esa Escuela donde se nos inculcaron tantas virtudes y estaría llano a pasar por la ducha fría, los plantones, alguna que otra expulsión de clases y los consabidos domingos sin salida por falta o por notas, porque me cabe el orgullo de haber pertenecido a las filas de la Armada, la misma que se llenó de glorias

en la guerra y la misma que ha prestigiado al país con sus notables trabajos y su obra de bien público.

Hoy veo con particular orgullo como se habla de la Marina, de su esfuerzo, su honestidad al obrar, de su espíritu de sacrificio. No, hombre, te agradezco tu grandeza de alma, tu compañerismo ejemplar; pero ya es tarde para seguir buscando trabajos en la vida civil. En realidad, los años pesan y cada cual debe conformarse con su suerte. Por lo demás, me siento realizado, porque si por enfermedad no pude llegar a los puestos de mayor responsabilidad en la Marina, por lo menos he logrado que dos de mis hijos, mi propia sangre, vale decir, yo mismo, cursen hoy en la Escuela Naval, donde aprendieran patriotismo, dignidad, pundonor, amistad imperecedera, abnegación y sacrificios, lo que requiere siempre de sus hijos un país que se prestigia“.

